

EVARISTO MARTÍN NIETO

SUFRIR  
CON  
CRISTO

ESCUELA BÍBLICA  
DE LA  
AXARQUIA



EVARISTO MARTÍN NIETO

SUFRIR  
CON  
CRISTO

ESCUELA BÍBLICA  
DE LA  
AXARQUIA

Primera Edición: JUNIO 2009

Autor: Evaristo Martín Nieto

Imprime: Ediciones Si bemol, S.L.

Edita: Escuela Bíblica de la Axarquía



**ESCUELA BÍBLICA DE LA AXARQUIA**

Parroquia de San Andrés Apóstol --  
/ San Martín nº 2  
3740 TORRE DEL MAR (Málaga)

---

---

# I. LA VIDA

El mejor regalo que hemos recibido de Dios es la vida, venir a este mundo como personas humanas capaces de pensar, de discurrir, de reír y de llorar, de relacionarnos y de amar. A lo largo de nuestra existencia estamos continuamente recibiendo de él regalo tras regalo, gracia sobre gracia (Jn 1,16). Todo es un don de la Divinidad para que gocemos de las maravillas que nos ofrece la creación entera haciendo nuestras las palabras del salmista. “Los cielos narran la gloria de Dios, el firmamento pregona la obra de sus manos” (Sal 19,1).

Dios quiere que gocemos en plenitud de todas las dádivas que nos vamos encontrando en el camino. Él es nuestro Abba, nuestro Padre querido, que sólo quiere nuestra alegría y nuestro gozo. La vida es un banquete preparado por Dios, al que están invitados, para participar por igual, todos los seres humanos. Para eso ha querido Dios que existamos. Dios no nos ha hecho para el sufrimiento, no es un agua fiestas, sino lo contrario, como lo fue su hijo que hizo su primer milagro en un banquete de bodas, para que la fiesta nupcial no decayera (Jn 2,1-11).

El hombre desea la felicidad, se esfuerza en conseguirla, hasta se pasa la vida tratando de alcanzarla. Una cosa imposible, porque la felicidad no es de este mundo, es del otro, en el que la poseeremos, sin el mínimo riesgo de perderla. El que está obsesionado por conseguirla, lo único que consigue es la infelicidad, la decepción total, pues pretender apoderarse de ella es como querer atrapar el aire con las manos.

Lo que sí parece lógico es lo del Sirácida: “No te prives de un día feliz, y no dejes pasar la parte de una satisfacción

legítima” (14,14) porque esto le agrada al Señor y porque es una medicina óptima para la buena salud. Aprovechar todos los momentos de la vida que nos proporcionan gozos y placeres que deleitan nuestro espíritu y nos hacen sentirnos felices, aunque sea de modo fugaz y pasajero.

La vida es un banquete, pero es también un luto. El camino de la vida está sembrado de rosas y placeres, pero también lo está de cardos y de sufrimientos. Así lo confirma la historia de la humanidad y así lo afirma el Sirácida: “Una penosa tarea se impuso a todo hombre y un yugo pesado a los hijos de Adán, desde el día que salen del seno de su madre hasta el día que vuelven a la tierra, madre de todos” (40,1). Y así lo proclama Job: “El hombre, nacido de mujer, corto es de días y harto de miserias” (Job 14,1).

Triste y penosa es, en efecto, la vida del hombre, llena de sufrimientos y aflicciones, de trabajos y zozobras; una lucha constante (Job 7,1), una secuencia de tribulaciones y fatigas, de dolores y congojas, de infortunios y tormentos; una servidumbre de acontecimientos que nos esclavizan y hasta nos condicionan de tal modo que, con relativa frecuencia, anulan nuestra libertad, el don más grande después de la vida. Los sufrimientos físicos, psíquicos, morales y espirituales, las llagas del corazón, los dolores del alma, y las noches oscuras del espíritu, pueden hundir a la persona en el pozo de la depresión y de la angustia. A esto hay que añadir el cúmulo de atrocidades, maldades y catástrofes que ha habido y hay por doquier. Guerras de pueblos contra pueblos, guerras fratricidas, asesinatos, terrorismos, enfrentamientos y peleas de todos contra todos, incluso entre las propias familias. Todo ello fruto de la irrefrenable y estúpida agresividad humana. Fruto también de la insaciable hambre de riquezas y de poder. Personas que se mueren de inedia mientras que otras se mueren de atragantones y por exceso de colesterol. Y todo eso por

amor al dinero, origen de todos los males (1 Tim 6,10), el dios mammona, incompatible con el Dios de la Biblia (Mt 6,24).

El Qohelet describe el mapa de la humanidad llena de injusticias y de sucesos inexplicables y, al final saca, entre otras, estas conclusiones: 1ª) “Vanidad de vanidades, todo es vanidad” (1,2), es decir, “sinrazón de sinrazones, todo es una sinrazón”. 2ª) “Felicito a los muertos, porque ya están muertos, antes que a los vivos que todavía viven. Y más feliz que unos y otros es el que aún no ha nacido y no ha visto las injusticias que se cometen bajo el sol” (4,2-3).

Ante este lamentable panorama, compañero del hombre de todos los tiempos, las famosas escuelas de Hillel y de Shamai de Jerusalén, tras largas reflexiones académicas, llegaron también a la conclusión de que lo mejor para el ser humano es no haber nacido.

Habrá que decir lo contrario: lo mejor es haber nacido, ser hijos de Dios, partícipes de su naturaleza divina, cumplir la misión para la que hemos venido a este mundo y nos marcan las propias circunstancias personales y sociales que nos condicionan y nos es dado vivir, prepararnos para pasar, al fin, a la vida gloriosa en el jardín del cielo. El Qohelet llega también a la conclusión de que “hay un momento para todo y un tiempo para cada cosa bajo el sol, un tiempo para nacer y un tiempo para morir, un tiempo para llorar y un tiempo para reír”(3,1-2,4). Acomodémonos, por tanto, a estos cambios de tiempo, y, cuando toquen a llorar, a llorar, y cuando llegue el reír, a reír. Lo contrario es ir contra corriente, contra lo inexorable. Es, además, hacerse a uno mismo inútilmente un daño sobreañadido, hacer más dolorosas las propias heridas. El gozo y el dolor son compañeros inseparables del hombre. El Qohelet ve, en ambas cosas, la presencia de Dios: “En el día de la prosperidad goza de felicidad y en el día de la desgracia,

reflexiona; tanto lo uno como lo otro lo ha hecho el señor” (7,14). Ya desde niños, en el hogar familiar, hay que aprender a saber gozar y a saber sufrir, con todas las de la ley y como Dios manda. Y este aprendizaje hay que seguir agrandándolo y actualizándolo a lo largo de toda la vida, para afrontar y asumir ambas realidades, el estado de bienestar y el estado de malestar, como algo natural e inevitable, en las circunstancias que la historia nos depare. Así lo vivía San Pablo: “Sé carecer de lo necesario y vivir en la abundancia; estoy enseñado a todas y cada una de estas cosas, a sentirme harto y a tener hambre, a nadar en la abundancia y a experimentar estrecheces. Todo lo puedo en aquel que me conforta” (Flp 4,12-13).

Si, como San Pablo, estamos enseñados para afrontar cuanto la vida nos depare y, a la vez contamos siempre con la ayuda de Dios, sabremos y podremos superar todas las situaciones y todas las crisis, que nos afecten, por muy graves y duras que ellas sean.

## II. EL DOLOR

El sufrimiento es una constante histórica que afecta a la humanidad en todas las épocas y en todos los lugares, pero, tal vez, no haya tenido nunca las dimensiones del momento actual.

¿Cómo explicar el sufrimiento? ¿Por qué existe? ¿Cuál es su origen? ¿Qué sentido tiene el sufrir? ¿Qué provecho puede sacar Dios de que el hombre sufra? ¿Y para qué le sirve al hombre su sufrimiento, aparte de su propia tortura?

Dios, que es el silencio, no nos ha dado una respuesta clara a estas preguntas. Desde la Biblia, que es palabra de Dios y a la vez palabra del hombre, interpretativa, con frecuencia, de la palabra divina desde la perspectiva humana, se puede decir algo.

Dios, en el principio, todo lo hizo bien (Gn 1,31), la creación entera en paz y en perfecta armonía. Creó al hombre a su imagen y semejanza (Gn 1,27). El hombre era su amigo (Gn 3,8) y vivía en la felicidad. Pero Dios le hizo libre. Podría tener decisiones, tanto para el bien, obedeciendo a Dios, como para el mal, quebrantando sus mandatos.

El hombre se aparta de Dios, le desobedece y cae. Quiso ser como Dios, decidir por sí mismo lo lícito y lo ilícito. Y eso sólo le pertenece a Dios. Ahí, en el origen de la humanidad, comienza el sufrimiento que originaron los primeros seres humanos. En esta caída, fruto del mal uso de la libertad, tiene su origen el dolor y el mal que nunca se deben a la obra creadora de Dios (Gn 3). He aquí las consecuencias de la caída para la mujer: “Multiplicaré los trabajos de tus preñeces. Con

dolor parirás a tus hijos; tu deseo te arrastrará hacia tu marido que te dominará” (Gn 3,10). Para el hombre: “Maldita sea la tierra por tu culpa. Con trabajo sacarás de ella tu alimento todo el tiempo de tu vida. Ella te dará espinas y cardos... Con el sudor de tu frente comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, pues de ella fuiste sacado, porque eres polvo y en polvo te has de convertir” (Gn 3,17-19).

El hombre rompe con Dios, con el que paseaba alegremente en el jardín del Edén (Gn 3,8); rompe con la tierra que, antes de la caída, le ofrecía generosamente sus frutos (Gn 1,29), y enseguida rompe consigo mismo en la guerra fratricida que se inicia con Caín y Abel (Gn 4). Dios no creó el sufrimiento y no puede complacerse en que suframos, porque es nuestro Padre que nos ama con el infinito amor de madre. Dios quiere nuestra felicidad, nos ha creado para eso, para que seamos felices. Si se complaciera en el sufrimiento de los hombres dejaría de ser Dios, el Dios de la ternura y del amor, el Dios de la Biblia en el que creemos, el que nos ama y nos conoce a cada uno por nuestro nombre, el que jamás nos olvida. Así lo dice él. “¿Puede acaso una madre olvidarse del niño que cría, no tener compasión del niño de sus entrañas? Pues aunque ella lo olvidara, yo no me olvidaría de ti” (Is 49,15).

Es más, igual que la madre hace suyos los sufrimientos de su hijo, Dios está a nuestro lado sufriendo con nosotros. El dolor tiene su origen en el hombre, en la fragilidad y debilidad de la naturaleza humana. Sólo desaparecerá al final del camino cuando nos encontremos con el *stop* de la muerte. El dolor no conoce ni personas ni edades. Aparece, hasta de manera cruel, cuando y en quien menos se piensa. Pero, por lo general, pasado el "divino tesoro" de la juventud, la vida sigue un proceso ascendente hasta que llega, a unos más pronto y a otros más tarde, la llamada "tercera edad", en la que se desata un

debilitamiento progresivo que suele conducir a la persona a un vivir sin vivir, lleno de limitaciones y de sufrimientos.

“Todo viviente envejece como un vestido, porque es ley eterna: has de morir” (Si 14,14). Y con el envejecimiento hace irremediablemente su presencia, el dolor, la discapacidad, la dependencia, la necesidad de ser asistido. A esto se refería Jesucristo cuando decía a Pedro: “Cuando eras joven, tú mismo te sujetabas la túnica con el cinturón e ibas adonde querías, pero cuando seas viejo, extenderás tus manos, otro te sujetará y te llevará adonde tú no quieras” (Jn 21,18).

Estas palabras, que el mismo evangelista las refiere a la muerte de Pedro, constatan la triste realidad de tantos ancianos que necesitan ser vestidos y ser llevados de la mano, o en una silla de ruedas, para caminar, lo cual es un infortunio deplorable para el discapacitado, que sufre por él y por sus acompañantes, los cuales sufren también lo mismo a la recíproca.

Esta fragilidad de nuestra naturaleza nos obliga a llevar una vida sana, a cuidar nuestra salud, sin cometer excesos y estragos contra ella, porque así lo quiere Dios y porque "la salud y el vigor valen más que todo el oro. No hay riqueza mejor que la salud del cuerpo, no hay felicidad superior al gozo del corazón" (Si 30,15-16).

A veces por querer acumular bienes, nos cargamos estúpidamente de trabajos, inquietudes y zozobras que, a la larga, deterioran claramente la salud. Basta con tener lo necesario para poder llevar una vida tranquila y en paz.

Nos hemos creado unas necesidades superfluas que, lejos de beneficiarnos, nos perjudican ¿A qué vienen tantas preocupaciones por cosas que sólo sirven para satisfacer nuestra vanidad? Habrá que trabajar, porque esa es la primera

ley que Dios impuso al hombre, pero tengamos fe en las palabras de Jesucristo: “No os inquietéis por el día de mañana, que el mañana tendrá su inquietud. A cada día le bastan sus problemas” (Mt 6,34)

Las preocupaciones afanosas y desorbitadas por el futuro incierto desconocido, y, con frecuencia, inevitable, lo único que consiguen es la perturbación y el malestar. Pongámonos en las manos de Dios y confiemos en su providencia que da de comer a las aves del cielo y viste de tanta hermosura a los lirios de los campos (Mt 6, 25-33)

“Dios hizo al hombre perfecto y es él quien se busca innumerables complicaciones” (Qo 7,29) que sólo sirven para perturbar la paz del alma y para sobresaltar el latido sosegado del corazón.

Jesucristo tampoco quiere el dolor de los hombres. Vino a establecer en la tierra el reino de Dios, basado en la justicia, la igualdad, la fraternidad y la libertad de todos los seres humanos. El fruto de estos cuatro pilares es la paz – conjunto de todos los bienes mesiánicos –, el final de todas las guerras generadoras de tantos sufrimientos y de las infinitas peleas de más o menos de pequeña intensidad, en las que estamos incomprensiblemente enzarzados unos con otros en perjuicio de una convivencia pacífica y fraterna.

Jesucristo realizó el designio eterno de Dios, la reconciliación de unos con otros y de todos con Dios, la liberación de todas las esclavitudes, personales, sociales, políticas y religiosas que aherrojan al hombre.

Una de las esclavitudes más universalizada es el sufrimiento humano contra lo que Jesucristo se manifiesta de manera muy clara y como cumplimiento de una misión fundamental del Mesías, anunciada por el profeta Isaías (Is

35,5-6; 20,18; 61,1-2): erradicar el dolor. Cuando los discípulos del Bautista encarcelado le preguntan si él era el Mesías, Jesús les contesta: “Id y decid a Juan lo que estáis viendo: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia la Buena Noticia” (Mt 11,4)

Jesucristo comienza su actividad evangelizadora, anunciando por toda Galilea la Buena Noticia del reino y “curando las enfermedades y las dolencias del pueblo”(Mt 4,23). Este sumario de múltiples curaciones le vuelve a repetir el evangelio de Mateo (9,35) lo que significa que la acción sanadora de Jesús era una constante en su programa misionero y lo era también en el de los apóstoles, a los que envía a predicar la llegada del reino y para confirmar esa llegada “les da el poder de curar toda clase de enfermedades y dolencias... curar a los enfermos, resucitar a los muertos, limpiar a los leprosos, expulsar a los demonios”(Mt 10,1.7). Y así lo hicieron. Lo mismo ocurrió con los 72 discípulos enviados también a misionar (Lc 10.1.17) con poderes divinos.

Jesucristo no quiere el dolor de nadie, quiere la felicidad de todos. Lucha y nos manda luchar por este ideal humano y evangélico. El evangelio está plagado de milagros para eliminar el dolor. Los más llamativos, tal vez, sean estos dos. Las lágrimas de una pobre viuda de Naín, que, acompañada de todo el pueblo, iba llorando a enterrar a su hijo único, “conmovieron” de tal modo a Jesús que le dijo: “no llores”. Y resucitó a su hijo (Lc 7,11-14). Y las lágrimas de Marta y de María, por la muerte de su hermano, hacen que Jesús se eche a llorar y a suspirar y resucite a su amigo Lázaro. Jesús se compadece, sufre con el que sufre y, con su poder, acaba con el sufrimiento.

Nadie quiere el dolor. La lucha por conseguir eliminarlo

es una constante de la humanidad. Y sin embargo, el sufrimiento es una pandemia presente en todos los rincones de la tierra. Y si hay tanto dolor en el mundo, necesariamente tiene que existir otro en el que exista el reinado de la paz, del amor y de la felicidad, pues Dios, nuestro Padre, no puede haber creado un mundo en el que ahora y luego existan los horrores del dolor. Eso sería una crueldad incompatible con el “Dios compasivo y misericordioso” (Si 2,11) que “nos ama con un amor eterno” (Jer 31,3).

Y mientras llega ese "luego" de felicidad eterna, el dolor nos puede servir, entre otras cosas, como medicina en el orden moral y religioso. Puede ser como un grito que nos despierte de nuestra tibieza espiritual y nos acerque más a Dios.

Nos sitúa en la realidad cruda de la vida. Soportar el dolor con entereza nos ennoblece, alimenta nuestra religiosidad, nos hace crecer en el amor a Dios, aumenta nuestra confianza en El y nos solidariza con tantos compañeros sumergidos también como nosotros en la misma penosa situación.

### III. EL CRUCIFICADO

El misterio escondido desde la eternidad, que ni los propios ángeles conocían, revelado por Dios en el momento culminante de la historia, es Jesucristo, el hijo de Dios hecho hombre para salvar a la humanidad entera, sin distinción de colores, razas y creencias. Es el proyecto eterno de Dios, realizado por Jesucristo y garantizado y llevado a plenitud por el Espíritu Santo (Ef 1,3-14). Se trata del querer supremo de Dios: “Que todos los hombres se salven y conozcan la verdad” (1 Tim 2,4). Y este querer suyo pasa por la muerte en cruz de su Hijo único: “Tanto amó Dios al mundo que no dudó en entregarle a su Hijo para que quien crea en él tenga vida eterna” (Jn 3,16; Rom 8,22). Todo es una obra de amor de Dios al hombre y del hombre a Dios, pues la fe en Cristo sólo está viva si hay amor (Gal 5, 6).

Para realizar este proyecto eterno del Padre el Hijo se despojó de su grandeza divina, se hizo hombre, tomó la condición de esclavo, se hizo la nada, se anonadó a sí mismo hasta morir en una cruz (Flp 2,6-8).

La obra salvífica-liberadora de Cristo abarca cuanto hizo y dijo durante toda su vida y culmina con su cuerpo entregado y su sangre derramada en el altar de la cruz. Participó de todas las debilidades humanas – excepto la del pecado –, de nuestras indigencias, nuestras flaquezas y nuestros dolores. Desde su propia experiencia se compadece de nosotros (Heb 4,15).

Estamos ante lo incomprensible. Comprendemos, y hasta nos parece lógico, que Dios nos quiera con amor infinito, pues es nuestro Padre, que nos haya adoptado como hijos (Rom

8,16) partícipes incluso de su misma naturaleza (2 Pe 1,4) y herederos de la gloria (Rom 8,17), pero ¿cómo explicarse que para concedernos esos tan grande bienes, su Hijo tuviese que pasar por la muerte en cruz? ¿No podría habernos redimido con un puro acto de su voluntad? Pero si las cosas fueron como fueron, será porque el sufrimiento y el dolor encierran un poder tan sublime que la sabiduría humana no puede alcanzar, pues lo divino sólo es alcanzable con la sabiduría divina (1Cor 1,17-1,17-31).

La cruz, Cristo crucificado, era para los judíos un escándalo, un tropiezo que no podían admitir, dada su esperanza en un Mesías poderoso y liberador de los poderes extranjeros que los tenían subyugados; para los griegos era una locura, una insensatez, a la que no vale la pena tomar en consideración alguna; para los cristianos es “poder y sabiduría de Dios” (1 Cor 1,24), pues sólo así se puede comprender que algo tan débil, tan absurdo y tan infrahumano, como es la muerte en cruz, produzca los frutos tan grandiosos y sublimes, la salvación del mundo entero. Tal vez tendríamos que decir con los griegos que la cruz de Cristo es la mayor locura de “el Dios del amor”, que por amarnos tanto entrega a lo más querido para él, su Hijo único.

Jesucristo se entrega voluntariamente a la muerte. Nadie tiene poder para quitarle la vida: “El Padre me ama, porque yo doy la vida para recobrarla de nuevo. Nadie me la quita, sino que la doy yo por mí mismo. Tengo el poder de darla y el poder de recobrarla. Tal es el mandato que he recibido de mi Padre” (Jn 10, 17-18). Acepta la muerte por obediencia al Padre y para que nosotros también la aceptemos, por muy dolorosa y dramática que sea.

Jesucristo, camino del calvario cargado con la cruz, es el Siervo de Yavé, despreciado, desecho de la humanidad,

hombre de dolores, avezado al sufrimiento, despreciado y desestimado, cargado con nuestros sufrimientos, traspasado por nuestros pecados, triturado por nuestras iniquidades. El Señor ha hecho recaer sobre él la perversidad de todos nosotros como cordero llevado al matadero. Con violencia e injusticia fue apresado, arrancado de la tierra de los vivos, herido de muerte por los pecados del pueblo. Jamás cometió injusticia ni hubo engaño en su boca. Por sus sufrimientos justificará a todos y cargará sobre él sus iniquidades. Después de las penas de su alma verá la luz y quedará colmado. Por eso Dios le dará en herencia multitudes y gente innumerable recibirá como botín. Se entregó indefenso a la muerte y fue contado entre los malhechores, él, que llevaba los pecados de todos e intercedía por ellos” (Is 53).

Dios no quería el sufrimiento y la muerte violenta de su Hijo, pero hizo de sus sufrimientos y de su muerte el medio por el que se realiza su proyecto eterno: el perdón de los pecados y la salvación del mundo (Mt 26,28).

Jesucristo fue perseguido, maltratado, flagelado, coronado de espinas y clavado en una cruz. Sufrió una muerte trágica llena de humillaciones. “Por eso Dios le dio el nombre que está por encima de todo nombre, para que ante el nombre de Jesús doble la rodilla todo lo que hay en los cielos y en la tierra y toda lengua proclame que Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre” (Flp 2,9-11). Jesucristo ejerce el señorío sobre la creación entera (Ef 1,9-10. 20-33).

En el evangelio de Juan la pasión y la exaltación de Cristo están indisoluble unidas, vienen a ser la misma cosa. La cruz es el trono de gloria de Jesucristo triunfador sobre todas las fuerzas del mal. El había predicho esto: “cuando sea elevado sobre la tierra a todos los atraeré hacia mí” (Jn 12,32). Y así fue; ya en el instante de morir en la cruz, el centurión

romano allí presente exclamó:” Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios” (Mc 15,39).

“Por haber soportado la cruz aceptando la ignominia, está ahora sentado a la diestra de Dios” (Heb 12,2). Aprendió en la escuela del dolor lo que cuesta obedecer. Así llegó a la cima de la perfección para convertirse en “fuente de salvación para todos los que le obedecen” (Heb 5,8-9).

“La obediencia de la fe”, de la que habla San Pablo (Rom 1.5) y “la fe que nos convierte en hijos de la obediencia”, como dice San Pedro (1 Pe 1,14), nos obtienen la salvación por medio de Jesucristo que murió por nosotros para que vivamos siempre con él (1 Tes 5, 9-10) “Dios no envió a su hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él” (Jn 3,17). Un cristiano, que es un hombre de fe, de una fe viva activada por la acción caritativa, que se fía plenamente de Jesucristo, no puede dudar de su salvación. San Pablo llega a decir: “Dios nos ha salvado. Por tanto, ¿quién se atreverá a condenarnos?” (Rom 8,33).

“Dios, con la muerte de su Hijo querido, nos concedió el perdón de los pecados” (Ef 1,7), pero no sólo los nuestros, “sino los del mundo entero” (1 Jn 2,2). Nadie puede monopolizar el perdón de Dios que es universal.

Desde esta perspectiva, a Dios no hay que tenerle miedo, sino respeto reverencial, obediencia y amor; el amor y el temor son incompatibles: “En el amor no hay temor, por el contrario, el amor perfecto desecha el temor, pues el temor supone castigo, y el que teme no es perfecto en el amor” (1 Jn 4,18). Temer a un Padre misericordioso y compasivo (Sal 86,15; 111,4; Sant 5,11), aparte de suponer dudas sobre la eficacia de la redención de Cristo, casi suena a una blasfemia.

Nosotros sabemos que Dios nos tiene preparado en el

cielo una morada eterna (2 Cor 5,1) y que Cristo dijo esto: “No os inquietéis, confiad en Dios y confiad también en mí. En la casa de mi Padre hay lugar para todos, de no ser así, ya os lo habría dicho: ahora voy a prepararos ese lugar (Jn 14,1-2).

Tengamos muy claro que lo propio de Dios es perdonar y que, al final, triunfará siempre su misericordia sobre nosotros. “Tiene misericordia de todos, porque todo lo puede y pasa por alto los pecados de los hombres” (Sab 11,23; 12,16).

“En siendo Padre nos ha de sufrir por grandes que sean nuestras ofensas. Si nos tornamos a él, como el hijo pródigo, hanos de perdonar, hanos de consolar, hanos de regalar, hanos de contentar” (Sant Teresa de Jesús C 44,2).

Sólo nos pide nuestro arrepentimiento, nuestra conversión y que aceptemos, con el corazón agradecido, el perdón de nuestras infidelidades y el abrazo de su amor misericordioso. Y que perdonemos siempre todo y a todos, pues si no perdonamos, él tampoco nos perdona (Mt 18,21-35).



## IV. LOS CRUCIFICADOS

La señal del cristiano es una cruz, el símbolo de estar crucificado con Jesucristo. Esto, entre otras cosas, significa que seguir a Jesús es emprender un camino cargados con nuestra cruz, como él nos dijo: “El que quiera venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y que me siga” (Mt 16,24). Jesús no nos desea la cruz, ni nos la impone, lo que nos pide es que aceptemos gustosamente la cruz, originada por nuestra frágil condición humana y por las complicaciones que nosotros mismos nos buscamos.

Todos los seres humanos viven bajo el peso de la cruz, del sufrimiento. San Pedro advierte a los cristianos que lo deben de tener muy claro: “Si Jesucristo padeció en su cuerpo, haceos a la idea que también vosotros tenéis que padecer” (1 Pe 4,13). El Sirácida tenía esa misma idea: “Hijo, si te decides a servir al Señor, prepara tu alma para la prueba” (Si 2,1: Prov 3,12). El cristiano no tiene por qué buscar la cruz, pero si llega, y llegará sin duda, la acepta de todo corazón como participación de la cruz de Cristo (1Pe 4,13). Y si así la acepta, se hará más llevadera, como canta esta saetilla carmelitana:

Lleva la cruz abrazada  
y apenas la sentirás,  
porque la cruz arrastrada  
es la cruz que pesa más.

La cruz no es para llevarla al cuello como un adorno o como hacer ostentación de ella queriendo presumir de ser un seguidor de Cristo, sino para estar crucificados en ella,

clavados en ella desde las profundas interioridades de nuestro espíritu. Desde ella aprendemos a sufrir, a perdonar, a amar, a compadecer, a ser profundamente humanos y comprensivos con todos y con todo, la única manera de ser también divinos, pues el que no es humano no puede ser divino. El seguimiento del Divino, que se hizo humano, nos diviniza y nos humaniza al mismo tiempo.

Desde la cruz, que es “el poder y la sabiduría de Dios” (1Cor 1,24), aprendemos también a ser un poco más sabios, a conocer mejor a Jesucristo y, por tanto, a amarle más, pues conocerle es ya amarle; aprendemos a ser más fuertes para llevar cuantas cruces puedan sobrevenirnos: aprendemos a obedecer, como Jesucristo, el cual “aunque era Hijo, aprendió sufriendo lo que cuesta obedecer” (Heb 5,8); aprendemos a ser más humildes como Jesucristo que se humilló hasta el extremo (Flp 2,8).

Hemos dicho que a la cruz no hace falta buscarla, viene sola. Y sin embargo, los santos, y especialmente los místicos que han tenido la experiencia de lo divino, con su devoción y entrega absoluta a Cristo crucificado, piensan que el tesoro máspreciado para un cristiano es la cruz; que la cruz es el mejor regalo que Dios nos hace; que incluso hay que desear y pedir la cruz, como la mejor garantía de salvación. Que vivir sin cruz sería una desgracia. He aquí algunos testimonios.

Santa Teresa de Jesús, la primera doctora de la iglesia, es una maestra singular sobre los valores sobrenaturales de la cruz. Para ella todos los cristianos son unos crucificados: “Todos llevan sus cruces; que por este camino que fue Jesucristo, han de ir todos los que le siguen (V 11,5). Ese fue su propio camino y así lo manifestaba al P. Ibáñez: “Creo, mi Padre, que tengo entendido que no quiere el Señor que tenga en esta vida sino cruz y más cruz” (Cta 237,4). El regalo de las

cruces, está en relación con la dimensión del amor de Dios y del amor del que las recibe: “La medida de poder llevar gran cruz o pequeña es la del amor. Dios a los que más ama, les da más cruces. A quien ama mucho, le da mucho padecer por él” (C 32,7). Les da más cruces porque son también los que más le quieren y los que nunca las rechazarán, pues el amor todo lo sufre, todo lo aguanta, todo lo soporta (1 Cor 13,4-7) y porque el amor convierte en gozo el sufrimiento de la cruz.

La Santa amó mucho, sufrió mucho y, al fin, murió de amor, con el corazón roto, transverberado de tanto amar a su Amado. Sus loas a la cruz son un modelo de lírica sagrada:

Cruz, descanso sabroso de mi vida,  
vos seáis la bienvenida.

En la cruz está la vida y el consuelo  
y ella sola es el camino para el cielo.  
Después que se puso en cruz el salvador,  
en la cruz está la gloria y el honor  
y en el padecer dolor, vida y consuelo  
y el camino más seguro para el cielo.

Caminemos para el cielo  
monjas del carmelo.  
Abracemos bien la cruz  
y sigamos a Jesús  
que es nuestro camino y luz  
lleno de todo consuelo,  
monjas del carmelo.

San Juan de la cruz, discípulo y maestro de la Santa,

considera que la perfección cristiana está en la cruz. Por eso, cuando Jesucristo, con la cruz auestas, le dice que le pida lo que quiera, le contesta: “Padecer y ser despreciado por ti”. De este modo quería identificarse con Cristo, despreciado, ultrajado, ejecutado por amor al hombre. Eso mismo es lo que él quiere.

A la Madre Ana de Jesús le escribe: “Entreténgase ejerciendo las virtudes de mortificación y paciencia deseando hacerse en el padecer algo semejante a ese gran Dios nuestro humillado, crucificado, pues que esta vida, si no es para imitarle, no es buena” (Cta 26) y a Sor Juana de Pedraza: “Conviene que no os falte cruz hasta la muerte de amor” (Cta 11). Al P. Luis de S. Angelo: “Jamás, si quiere llegar a la posesión de Cristo, le busque sin la cruz” (Cta 24). La cruz nos lleva directamente a Cristo. El camino hacia él es duro, “es angosto, pues en él no cabe más que la negación y la cruz que es el báculo para poder arribar, por el cual grandemente le aligera y le facilita” (2 S 7,7).

San Juan de la cruz considera una imperfección grande “el ser muy flojos y remisos en ir por el camino áspero de la cruz” (1 N 6,7). Para conocer la inmensidad de Dios, “la anchura, la longitud, la altura, y la profundidad de Cristo” (Ef 3,18), para entrar en estos tesoros de la Divinidad, la puerta es la cruz, “que es muy angosta y desear entrar por ella es de pocos, más desear los deleites que se vienen por ella es de muchos... No se puede entrar en la espesura y la sabiduría de las riquezas de Dios, si no es entrando por la espesura del padecer” (C 37,13). Por eso el alma, que desea de verdad conocer a Cristo e identificarse con él, lo primero que ansía es padecer, asumir el dolor y hacerlo vida de su propia vida crucificada en unión insoluble con el crucificado para sumirse en las vivencias inefables de la espesura de la cruz.

Son innumerables las cosas que se han dicho sobre la cruz. He aquí sólo una cuantas. Dios regala su propia corona de espinas a sus amigos (Sta. Margarita Soubirous). Fuera de la cruz no hay otra escalera para subir al cielo (Sta Rosa de Lima). Nuestros sufrimientos son caricias bondadosas de Dios para que nos volvamos a él (Sant Teresa de Calcuta). El camino de la propia satisfacción es el santo misterio de la cruz. En la cruz es donde más se logra la unión con cristo (Madre Maravillas).

Me admira que estos y tantos santos hagan tales elogios de la cruz y, más aún, que la deseen. Pero, a la vez, me apena que haya en el mundo tantísimas personas crucificadas que, en su penuria extrema, se debaten simplemente por sobrevivir, mientras que los que vivimos todavía en la abundancia, a pesar de la crisis económica por la que atravesamos, somos meros espectadores de este drama humano.

Los que vivimos en el primer mundo, que, en gran parte hemos sido sus crucificadores, tenemos las herramientas para descrucificarlos, basta con poner en práctica el mandamiento nuevo del amor de obligado cumplimiento para todo fiel cristiano.

Desde la visión de los místicos, referida antes, habría que decir que para un cristiano no hay gloria mayor que morir con los brazos y pies clavados a un madero en cruz, con el corazón roto de tanto amor y con el alma cansada de tanto sufrir.



## V. LA ENFERMEDAD

La enfermedad, fuente de sufrimiento y precursora de la muerte, está tratada en la Biblia, bajo diversos aspectos.

### 1.- Dios como causa

En la antigüedad se consideraba a Dios como la causa única, omnipotente y soberana de todo lo que ocurría: “¿Sucederá en la ciudad una desgracia sin que Dios la haya causado?” (Am 3,6). La enfermedad no podía ser una excepción. El hagiógrafo pone en boca de Dios estas palabras: “Yo soy el Señor de la muerte y de la vida. Yo hiero y yo curo. No hay nadie que se libre de mi mano” (Dt 32,39). Y así piensan los que sufren: “Es la mano de Dios la que me ha herido” (Job 19,21).”Todo mi cuerpo está herido debido a su furor” (Sal 38,4).

La enfermedad es un castigo, como respuesta de Dios al pecado del hombre (Job 4,7), un castigo merecido y, a la vez, medicinal y disuasorio, sirve como corrección y prevención de anteriores pecados (Sal 39,12), busca el arrepentimiento y la conversión del castigado.

Pero, ¿en qué puede afectar directamente a Dios el pecado del hombre? ¿Qué puede hacer el hombre a Dios con su pecado? Esa es la pregunta que Job, desde su espantosa enfermedad, le hacía a Dios: “Si he pecado, ¿Qué te he hecho a ti con ello, oh guardián de los hombres?” (Job 7,20). El hombre, en efecto, no puede hacer nada a Dios con sus actos,

sean o no pecaminosos, pero le afectan en cuanto afectan a los hombres, hijos suyos y hermanos nuestros, tal como se lo explica a Job su amigo Elihú: “A un hombre igual que tú afecta tu maldad, a un hijo de hombre tu justicia” (Job 35,8). El pecado personal daña siempre al prójimo, más si se trata de pecados sociales por comisión o por omisión, que son a los que generalmente se refiere la Biblia cuándo habla de pecados, pues rompe la solidaridad de la familia humana. Esto quedará muy claro en la teología del cuerpo místico de Cristo elaborado por San Pablo (1 Cor 12, 12-26)

Elifaz, otro amigo de Job, insiste en que Job tiene que haber pecado: “No has dado de beber al sediento y al hambriento le has negado el pan. Has despachado a las viudas con las manos vacías. Por todo esto te ves rodeado de lazos y te estremece, repentino, el terror (Job 22,7. 9-10).

Pero la realidad es bien diversa, pues Job nunca cometió tales pecados, antes, por el contrario, ejerció las virtudes opuestas: “Yo libraba al pobre que gemía, al huérfano que no tenía apoyo... Yo era ojos para el ciego, para el cojo los pies; era el padre de los pobres” (Job 29,12.15-16).

La enfermedad no es un castigo de Dios por haber pecado, pues ¿cómo se puede pensar en un Dios vengativo, puesto que la venganza, propia de personas incivilizadas y ruines, es incompatible con su infinita grandeza y su eterna misericordia (Sal 103,17), que es más grande que los cielos (Sal 108,5) y llena la tierra” (Sal 119,64)? Todo esto lo dejó muy claro Jesucristo en la curación del ciego de nacimiento: “Sus discípulos le preguntaron: “Maestro, ¿Quién pecó, éste o sus padres, para que naciera ciego? Jesús respondió: Ni este ni sus padres, sino que esto es para que se manifiesten las obras de Dios en él” (Is 9,3-4); la curación de este ciego de manera portentosa pone de manifiesto la salud que Jesús ha traído al

mundo, y es un signo de la salvación que Jesús realiza por encargo de Dios.

## **2.- Dios, remedio de la enfermedad**

He aquí este consejo del Sirácida a su hijo: “Hijo, en tus enfermedades no te impacientes, suplica al Señor y él te curará” (Si 38,9) La enfermedad debe servir para volvernos más y más hacia Dios. Así suele y debe hacerse, como lo atestiguan los libros de la Biblia, especialmente los salmos. He aquí unos ejemplos:

*Salmo 38:* La oración de un enfermo que tiene conciencia de haber pecado y que se ve en las puertas de la muerte: "Todo mi cuerpo está enfermo, no tengo hueso sano debido a mi maldad,. mis heridas apestan y supuran debido a mi locura. Estoy a punto de caer, el dolor no me deja un momento. Dios mío, no te quedes lejos. Ven pronto a socorrerme, Señor, salvador mío".

*Salmo 88:* Un enfermo, en angustia mortal, que clama a Dios, que se siente abandonado por todos e incluso por el mismo Dios y que pasa por el dolor del cuerpo y la noche oscura del alma: “Señor Dios, salvador mío, día y noche te estoy llamando a gritos. Atiende mi gemido, pues mi vida está llena de desgracias. ya me cuentan entre los moribundos. Soy un hombre acabado, me han recluso entre los muertos. Señor, te pido a gritos que me ayudes. ¿Por qué me rechazas, Señor y me ocultas tu rostro?...Estoy al borde de la muerte"

*Salmo 69:* El enfermo está en las últimas y acude una y otra vez al Señor, el único que puede liberarle del trágico momento en que se encuentra: "Estoy consumido de tanto sufrimiento. cada noche empapo yo mi almohada, inundo de

lágrimas mi lecho. El Señor escucha el grito de mi llanto, el Señor atiende mi súplica, el Señor acoge mi oración.

*Salmo 22:* Jesucristo, clavado en la cruz, recitó este salmo en sus momentos de agonía. Pasó por la misma noche oscura del enfermo, el cual se siente abandonado por Dios. El enfermo termina aceptando que todo ha sido obra del Señor: “Dios mío, Dios mío, ¿Por qué me has abandonado? A pesar de mis gritos, no acudes a salvarme. Siento que me disuelvo en el agua, todos mis huesos se dislocan, mi corazón se me ha vuelto como cera, se me deshace dentro de mi pecho... Señor, fuerza mía, ven corriendo en mi auxilio... todo fue obra del Señor”.

*Salmo 31:* También Cristo en la cruz vivió y recitó este salmo, en el que un afligido, con gritos angustiosos, pide a Dios que le libere de tanto mal. Confía en él y en sus manos encomienda su espíritu: "Se consumen de tristeza mis ojos, mi alma y todas mis entrañas. los gemidos acaban con mis años. mis huesos se consumen, soy un objeto de basura. Pero yo confío en ti, Señor, tú eres mi Dios, mi vida está en tus manos. En tus manos encomiendo mi espíritu".

Este manojito de salmos suplicantes, y otros más del salterio, puede servirnos para orar, para hablar con Dios en los momentos más trascendentes de nuestra existencia terrenal, conscientes de que está con nosotros en el lecho de nuestros dolores. Aunque, a veces, pueda parecer el ausente, es el “omnipresente”, el siempre a nuestro lado.

### **3.- Acudir al médico**

El Sirácida, lo primero que aconseja a su hijo es que se ponga en manos de Dios y después, o al mismo tiempo, que recurra al médico, como no podía ser de otra manera: “Después

recurre al médico, porque también a él le creó el Señor, y no se aparte de ti, porque lo necesitas, pues hay veces que la salud depende de sus manos. Porque también ellos rezan a Dios para que les conceda éxito en dar alivio y conservar la vida” (Si 38,12-13).

La Biblia hace grandes elogios de los médicos y de los investigadores para que la medicina encuentre los remedios científicos eficaces contra las causas de las enfermedades y del dolor. Los considera partícipes de la sabiduría y del poder de Dios en su arte de curar. Son, en efecto, los grandes bienhechores de la humanidad, merecedores de nuestra consideración y agradecimiento: “Honra al médico en atención a sus servicios, porque también a él le creó el Señor. Pues de Dios procede el arte de curar. La ciencia del médico le hace llevar la cabeza erguida. El Señor creó de la tierra los remedios y el hombre sensato no los desprecia” (Si 38,1-4)

Los investigadores descubren los remedios que ha creado el Señor “y con ellos el médico cura y quita el dolor” (Si 38,7). Ojalá fuera siempre así, pues eso es lo que el médico pretende y el paciente quiere, pero eso no siempre lo consiguen. En todo caso, tras acudir al poder de Dios y al de la ciencia, hay que mantener viva la esperanza. No hay que acobardarse ante el sufrimiento (Ap 2,10). Hay que enfrentarse a él con tesón y con valentía, con fe y con esperanza, sacando fuerzas de flaqueza, confiando en que pueda ser vencido y que debemos luchar para que así sea. Contamos para ello con el poder de la cruz de Cristo y de nuestra propia cruz (1 Cor 1,24).

#### **4.- La unción de los enfermos**

Este es el comportamiento del cristiano ante una enfermedad con riesgo de muerte: “Si alguno de vosotros cae

enfermo, que llame a los presbíteros de la Iglesia, para que oren sobre él y le unjan con óleo en el nombre del Señor. La oración hecha con fe salvará al enfermo. El Señor le restablecerá y le serán perdonados los pecados que hubiera cometido” (Sant 5, 14-15).

Se trata de uno de los siete sacramentos de la Iglesia. Lo primero es recurrir al poder de la oración hecha con fe por el enfermo, como una gran medicina para el mal. Después, ungirle con óleo en el nombre del Señor. La finalidad es, en primer lugar, la salud de su alma, el perdón de sus pecados y la vida eterna en paz y gracia de Dios. En segundo lugar, es la salud de su cuerpo, pues el sacramento refortalece la fe y la esperanza del enfermo, no sólo en Dios, si no en sí mismo, en su curación, lo cual le levanta el ánimo, lo que puede servir para activar el potencial de su propio ser e influir eficazmente en el alivio y hasta en la recuperación de la salud, a parte de la acción sanadora del Señor.

Este sacramento no imprime carácter, como el Bautismo y el Orden Sacerdotal y, por tanto, puede repetirse en el caso de otras enfermedades e incluso en la misma, si esta se agrava.

## VI. LA MUERTE

En este mundo “hay un tiempo para nacer y un tiempo para morir” (Qo 3,2). Nacemos heridos de muerte y esta herida mortal acaba con nuestra existencia terrenal, sin que sepamos ni cuándo, ni cómo, ni dónde. Es la gran verdad que a todos nos iguala. Aunque, a veces, sobre todo en nuestros años mozos, hasta llegamos a pensar que la muerte es para los demás: La muerte es universal. “Todos moriremos” (Si 8,7).

Venimos a este mundo con el deseo impreso en nuestro ser de vivir siempre. Por eso sentimos el miedo, incluso el terror, de tener que pasar por el momento trágico de la muerte. Pero la fe nos asegura que más allá de la muerte seguiremos viviendo para no morir nunca. Esta vida eterna, a la que Dios nos ha destinado, está garantizada por el Espíritu Santo (Ef 1,13-14), pero no nos evita el horror de tener que morir. El ideal sería pasar de una vida, cargada de sufrimientos y congojas, a la vida eterna, donde ya no hay llanto, ni luto ni dolor (Ap 21,4), sin tener que sufrir el duro trance de la muerte. San Pablo lo expresaba así: “Los que vivimos en esta tienda corporal gemimos angustiados, pues no queremos ser despojados, sino más bien revestidos para que lo mortal sea absorbido por la vida” (2 Cor 5,4), es decir, que esta vida temporal sea absorbida por la vida eterna, evitando así el trauma de la muerte.

El día del nacimiento es un gran día para nosotros, hijos de Dios, hechos a su imagen y semejanza, pero el día de la muerte, nuestro último día, es el día sobre todos los días,

porque entramos definitivamente y para toda la eternidad en la vida de Dios. La muerte no es, por tanto, la enemiga de la vida, es la puerta del cielo que se nos abre para pasar y ocupar el puesto que Jesucristo nos tiene preparado (Jn 14,2). Habrá, pues, que decir que “más vale el día de la muerte que el día del nacimiento” (Qo 7,1).

La vida es breve y la muerte inevitable. Con la muerte aquí se queda todo: “Nada trajimos a este mundo y nada podremos llevarnos de él” (1 Tim 6,7). “El hombre salió del seno de su madre desnudo, y así se volverá, yéndose como vino, de su trabajo no se puede llevar nada consigo” (Qo 5,14) ¿Por qué entonces el deseo de acumular bienes de este mundo perecedero, que sólo sirve para aprisionar el corazón? Pues “donde está tu tesoro está tu corazón” (Lc 12,34). ¿Por qué la insensatez de estar apegados a tantas cosas superfluas que sólo sirve para esclavizarnos? Para vivir hace falta muy poco. Ese poco lo concreta el Sirácida en cuatro cosas. “Lo esencial para vivir es agua, pan, vestido y una casa para cobijarse” (Si 30,21) “Alimento, vestido y vivienda” (GS 26) y poco más.

El recuerdo de que, al fin, todos morimos, es un buen antídoto contra el pecado (“Memento mortis et non peccabis”), pues nos hace salir del adormecimiento espiritual en que podemos encontrarnos, enredados en las cosas de este mundo con el olvido de las transcendentales que nos esperan en el más allá. Las coplas de Jorge Manrique a la muerte de su padre nos hacen esta advertencia.

Recuerde el alma dormida,  
avive el seso y despierte,  
contemplando  
cómo se pasa la vida,  
cómo se viene la muerte  
tan callando.

Nuestras vidas son los ríos  
que van a dar a la mar,  
que es el morir.

Antonio Machado comienza así unos de sus bellísimos poemas:

Dios no es el mar, está en el mar, riela  
como luna en el agua, o aparece  
como una blanca vela,  
en el mar se despierta o adormece.

El poeta ve en la inmensidad del mar y en la diversidad de sus aspectos la presencia de Dios.

El fluir de todos los ríos va a parar al mar que los recibe para asimilarlos y convertirlos también en mar, un hermoso símbolo de la infinitud de Dios que nos está esperando para acogernos y hacernos igual a él, semejantes a él: “Queridos míos, desde hoy somos hijos de Dios, y aunque no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es” (1 Jn 3,2). Cuando la fe se convierta en visión, cuando le veamos cara a cara y en su luz veamos nuestra luz, le veremos tal cual es, contemplaremos nuestra transformación sublime que será como una nueva creación, un nacimiento nuevo insospechado. Pero antes hay que morir, como el grano de trigo que tiene que pudrirse en la tierra para resurgir en el prodigio de una espiga (Jn 12,24). Lo mismo ocurre con el hombre: “Se siembra en cuerpo animal y resucita un cuerpo espiritual” (1 Cor 15, 44).

Siendo esto así, ¿cómo se puede tener miedo a la muerte?

Al final del camino, cuando se tiene conciencia de que se ha llegado a la meta, de que ya no sirve uno para nada y más bien es un estorbo, hasta se desea la muerte, sobre todo si, a la vez, se está cargado de sufrimientos, penas y aflicciones, pues “más vale muerte que vida amargada y el descanso eterno que enfermedad duradera” (Si 30,17).

¿Es que vale la pena alargar mecánicamente la vida cuando no hay la mínima esperanza de recobrar la salud? ¿Cuándo la vida ya no es vida y sólo sirve para prolongar el sufrimiento y para retardar la entrada en el paraíso de Dios? No me refiero para nada a la eutanasia, pero nada nos prohíbe hacernos estas preguntas: ¿Por qué y para qué tanto dolor? ¿Querrá Dios, nuestro Padre querido, ese dolor del muerto en vida y de sus seres queridos? ¿Puede querer vernos postrados en el lecho transido de dolores físicos y espirituales, tiempos y tiempos, sin posible retorno a una vida digna? Y por parte nuestra ¿no sería eso una falta de fe en la felicidad del cielo?

Hemos repetido que Dios no quiere el dolor de sus hijos. La respuesta a esas preguntas está seguramente en estas palabras de San Pablo a los colonenses: “me alegro de padecer, pues así voy completando en mi existencia mortal y a favor del cuerpo de Cristo que es la Iglesia lo que aun falta en las tribulaciones cristianas (Col 1,24-26). En el cuerpo de Cristo formado por los cristianos que son los miembros y por Cristo que es la cabeza, cuando un miembro sufre, sufren todos los demás, también la cabeza, Este padecimiento corporativo sirve para llevar a plenitud en nosotros la obra salvadora de Jesucristo y para la edificación de la iglesia.

Los Santos, que viven de la fe y del amor a Dios, están deseando que llegue el encuentro definitivo con él. Cito sólo unos textos de dos Santos de mi devoción: Santa teresa de Jesús y San Juan de la cruz, que se movían y relacionaban en

un noble torneo de pensamiento y de espiritualidad, expresado hasta con las mismas palabras

### **San Juan de la Cruz**

Vivo sin vivir en mí  
y de tal manera espero,  
que muero porque no muero.  
Esta vida que yo vivo  
es privación de vivir  
y así es continuo morir  
hasta que viva contigo.  
Oye, mi Dios lo que digo,  
que esta vida no la quiero,  
pues muero porque no muero.  
Sácame de aquesta muerte,  
mi Dios, y dame la vida  
no me tengas impedida  
en este lazo tan fuerte,  
mira que peno por verte  
y mi mal es tan entero  
que muero porque no muero

### **Santa Teresa de Jesús**

Vivo sin vivir en mí  
y tan alta vida espero,  
que muero porque no muero  
¡Ay!, qué larga es esta vida,  
qué duros estos destierros,  
esta cárcel y estos hierros,  
en que el alma está metida:  
Sólo esperar la salida  
me causa dolor tan fiero,  
que muero porque no muero.  
Sácame de aquesta muerte,  
mi Dios, y dame la vida  
no me tengas impedida  
en este lazo tan fuerte,  
mira que muero por verte  
y vivir sin ti no puedo,  
que muero porque no muero

Desear morir cuanto antes para estar con Dios es una gracia y una prueba evidente de fe, de esperanza y de amor, mientras que estar aferrados tenazmente a esta vida, como si aquí terminara todo, es una desgracia lamentable.

La muerte hay que aceptarla como algo connatural a nuestro ser. Decir que aceptamos gustosamente la muerte “cuando Dios lo haya dispuesto” o “cuando Dios lo quiera”, no significa que Dios tenga determinado el momento de la muerte de todos los mortales, pues eso supondría hacerle responsable

de tantas y tantas muertes ocasionadas por la barbarie de las guerras, por el terrorismo, por la crueldad de la violencia humana, por las catástrofes cósmicas... Eso significa que estamos preparados para morir como Dios manda y como el mismo Jesucristo nos dijo que estuviéramos: “Estad preparados, porque a la hora que menos lo penséis vendrá el hijo del hombre” (Lc 12,40: Mt 25,13).

Esta preparación consiste en cumplir con nuestros deberes personales, familiares, sociales y religiosos, pues, si así es, estaremos a bien con Dios que nos dará también la bienvenida a la morada eterna para estar siempre con él.(1 Tes 4,7).

## VII. ACTITUDES ANTE EL SUFRIMIENTO

### 1.- Solidaridad con Cristo

Los cristianos estamos solidarizados con Cristo, unidos mística y realmente con él. “Si vivimos, vivimos para él y si morimos, para él morimos”(Rom 14,7-9). El sufrimiento nos une más y más con él. Sufrimos porque él sufre, es decir nos duelen sus dolores. Y, al propio tiempo, sabemos que él sufre con nosotros, que hace suyos nuestros propios dolores. Contemplar a Jesucristo aflige nuestro corazón de tal manera que nos hace exclamar con Antonio Machado.

¿Quién me presta una escalera  
para subir al madero,  
para quitarle los clavos  
a Jesús el Nazareno?.

Desclavar a Jesucristo, “siempre con sangre en la manos, siempre sin desenclavar”, para que terminen sus espantosos sufrimientos.

En esta intercompetración, acompañados por él, nuestro dolor se hace más llevadero y hasta puede convertirse en gozo espiritual. Sufrir con él es una gracia inestimable que garantiza la firmeza de nuestra unión. Cristo nos acoge en sus brazos y, aunque no sintamos el latido de su corazón y podamos tener la sensación de estar en el vacío, la fe nos asegura que él no falla nunca, que está siempre con nosotros (Mt 28,20). Podemos, a veces, sentirnos solos, abandonados, clamar al Señor, pedirle ayuda, y no escuchar su voz, ni recibir

su auxilio, como si al otro lado no estuviera nadie, sólo el silencio. Son los silencios angustiosos de la noche oscura, el sufrimiento más amargo en la soledad de un corazón desconsolado. Pero tenemos la certeza de que está con nosotros, dentro de nosotros, en el altar de nuestro corazón (Cor 6,19).

Esta tan profunda y dichosa unión conlleva el compartir su propia vida de dolor y de gloria. San Pablo lo expresa con estas frases frecuentes en sus cartas: Hemos muerto con Cristo (Rom 6,8), hemos sido vivificados con él (Col 2,3), seremos glorificados con él (Rom 8,19), reinaremos con él.

La solidaridad con Cristo está expresada, de manera perfecta en la doctrina del cuerpo místico de Cristo, formado por Cristo y los cristianos (Ver 1 Cor 12,12-27; Ef 1,22-23: Col 1,18.24-26).

## **2.- La solidaridad con los hermanos**

La solidaridad con Cristo está indisolublemente unida a la solidaridad con los humanos, de tal modo que si esta segunda no existe, se pierde la primera. Para estar con Cristo, hay que estar con los hombres. Esta solidaridad se concreta en compadecerse con los demás, en tener un corazón compasivo. El que mejor se compadece es el que pasa por los padecimientos del paciente. “Dios, fuente de todo consuelo, nos conforta en todos nuestros sufrimientos, a fin de que también nosotros podamos confortar a los que se encuentran atribulados, compartiendo con ellos el consuelo que hemos recibido de Dios. Como cristianos no nos faltan sufrimientos, pero Cristo nos colma de consuelo... Animaos a compartir los mismos sufrimientos que nosotros soportamos” (2 Cor 1,4-6). En definitiva, es Dios el que a todos nos conforta y nos da

fuerzas para llevar con paz y con fortaleza la cruz de cada día. He aquí un consejo de los sabios: “no te alejes de los que lloran y aflígete con los afligidos. No rehúyas visitar a los enfermos, pues si los visitas, ellos te lo agradecerán (Si 7, 34-35)

Simón de Cirene ayudó a Cristo a llevar la cruz. Un cristiano hace causa común con todos los que sufren. No puede ser un espectador indiferente ante la infinita procesión de tantos cristos recorriendo el camino del dolor y de la muerte. A esto lo llama Sta. Teresa “ayudar a llevar la cruz a Cristo, que vivió en la cruz toda su vida” (V 11).

La parábola del buen samaritano (Le 16,25-37) es una lección brillante y comprometedor del libro de texto del cristiano, la Biblia. Lo que hicieron el Sacerdote y el Levita, que acababan de estar rezando en el templo, fue todo lo contrario al evangelio, pasaron de largo ante el hermano en la cuneta gimiendo bajo el dolor de sus heridas, mientras que el cismático samaritano tuvo compasión de él y le asistió con solicitud y con cariño. Eso es lo que tiene que hacer toda persona, pero con mucha más razón un cristiano.

San Pablo dice a los gálatas que se ayuden mutuamente a llevar las cargas (los trabajos, las dificultades, las flaquezas, las angustias, los sufrimientos del cuerpo y del alma), porque así cumplirán la ley de Cristo que es el amor (Gal 6,2).

La solidaridad cristiana es universal, lo es con todos los seres humanos sean de la nación que sean, observen la religión que sea, crean o no crean en Dios, sean buenos o malos, pues Jesucristo murió por todos y todos somos hermanos. Pero esta realidad tiene también sus preferencias, aquellos que más lo necesitan y con los que Cristo quiso identificarse de manera especial (Mt 25). Son los pobres, esos mil millones de personas que poco a poco se van muriendo de hambre, los que no tienen

voz para hablar, porque, además, nadie los escucha, los olvidados, el desecho de la humanidad. Son los desplazados que deambulan por caminos que llevan a la nada; Los emigrantes que salen de la miseria en que se encuentran, arriesgando su vida, que con frecuencia pierden por el camino, hacia un soñado paraíso y cuando han logrado alcanzarlo se encuentran con el obligado retorno a su nación de origen. Los presos que viven entre rejas, “donde toda incomodidad tiene su asiento”, “la fábrica del llanto, el telar de las lágrimas” “a los que debemos recordar como si estuviéramos en su mismo cuerpo (Heb 13,3), como si nosotros mismos estuviéramos presos con ellos...Son los enfermos, los que yacen en el lecho del dolor, los que han perdido la salud, y sin salud sobra todo.

### **3.- La alegría**

La alegría interior no debería perderse por ningún dolor corporal o espiritual. Ya hemos dicho que la alegría alarga los días de la vida (Si 30,22) y la tristeza los acorta pues “de la tristeza viene la muerte” (Si 38,18). “No des tu corazón a la tristeza, apártala recordando el último día “(Si 38,19): porque ese último día es el paso a gozar de la felicidad eterna. Para el que se deja dominar por la tristeza todos los días son malos, mientras que para el alegre de corazón son un festín (Prov 1,23).

San Pablo no cesa de predicar a los cristianos que no estén tristes, como los que no tienen esperanza, pues Jesucristo ha muerto, ha resucitado y ha sido exaltado, y eso es la garantía de nuestra resurrección y de nuestra exaltación gloriosa (1 Tes 4,13,14). A los filipenses, los más queridos por él, "su alegría y su corona" (4,1), y por los que se siente más querido, les dice: "Estad siempre alegres en el Señor, os lo repito, estad alegres"

(4,4). Se trata de un imperativo, no de un simple consejo: "Estad alegres". Así exhorta a los romanos: "Que la esperanza os mantenga alegres, las dificultades no os hagan perder el ánimo y la oración no cese en vuestros labios" (Rom 12,12). El practicaba lo que decía: Estaba siempre alegre (2 Cor 6,10), "lleno de consuelo y de alegría en medio de todas sus penalidades" (2 Cor 7,4).

Santiago afirma que los cristianos "deben tener como suprema alegría las diversas pruebas a que se vean sometidos" (Sant 1,2), sean las que sean. Y esa es también la recomendación de San Pedro: "vivid alegres a pesar de la aflicción que las pruebas de diversas índole os ocasionan" (1 Pe 1,6), como un testimonio de amor a Cristo, al ser partícipes de sus sufrimientos (1 Pe 4,13). La alegría es también uno de los frutos del Espíritu Santo (Gal 5,22) que habita en el cristiano, haciendo de él, un templo vivo (1 Cor 6,19). Es un don que Jesucristo nos hizo en la noche de su despedida: "Os he dicho todo esto para que mi alegría esté en vosotros y vuestra alegría sea colmada" (Jn 15,11). Es la alegría pascual del que se sabe y se siente salvado, la mayor alegría posible, pues durará eternamente.

Vivir constantemente alegre en esta vida. Este es el ideal humano y cristiano. ¿Pero cómo lograrlo, sobre todo si se padece una enfermedad crónica y dolorosa o se pasa por una situación de grave peligro? Habrá que decir que, en general, eso es prácticamente imposible. Basta con recordar las expresiones de Jesucristo en Getsemaní ante la inminencia de su muerte violenta: "Tomó consigo a Pedro, a Santiago y a Juan y comenzó a sentir pavor y angustia y les dijo: me muero de tristeza, quedaos aquí y velad conmigo" (Mc 10,34)."El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil" (Mt 26,41). Y estas son sus palabras en el llamado Getsemaní de Juan: "Estoy profundamente angustiado" (Jn 12,27). ¿Cuál fue la reacción

de Jesucristo ante su estado de ánimo? Orar así: “Abba, Padre, todo te es posible, aparta de mí este cáliz, pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieras tú” (Mc 14,36).” Padre mío, si no es posible que este cáliz pase sin que yo lo beba, hágase tu voluntad” (Mt 26,42). “¿Y qué voy a decir? ¿Pediré al padre que me libre de esta hora? No, pues para esto precisamente he llegado a esta hora” (Jn 12,27).

Jesucristo era Dios, pero también era hombre. Pasó por esos trances pavorosos propios de todos los humanos, ante los cuales es natural que aparezca la angustia y la tristeza. En esas situaciones un creyente trata de sobreponerse a todo y lo único que pide a Dios es que se haga su voluntad, aunque esté también tocado por la tristeza.

#### **4.- La paciencia**

La paciencia es una virtud que hay que estar ejercitando durante toda la vida en nuestras relaciones humanas, algo que, con frecuencia, no resulta fácil. Por eso los sabios de Israel sentenciaron que “más vale un hombre paciente que un héroe, más vale el que se domina a sí mismo que un conquistador de ciudades” (Prov 16,32). Ser dueño de los instintos temperamentales, proceder con mansedumbre, con mesura y afabilidad, enaltece, mientras que dejarse llevar por la intemperancia, la insolencia o la agresividad, revela unas carencias de formación para la convivencia pacífica con los demás, en la que es fundamental la tolerancia (Mt 13,25-40).

La paciencia con nosotros mismos y con los que nos rodean se hace necesaria cuando estamos afectados por sufrimientos inevitables o por la enfermedad que precede a la muerte. San Pedro nos dice “que a Dios le agrada que soportemos pacientemente los sufrimientos” (1 Pe 2,20). “El

hombre paciente aguanta todo lo que haga falta, pero, al final, tendrá como paga la alegría” (Si 1,23). Jesucristo proclamó bienaventurados a los que lloran, porque serán consolados por Dios (Mt 5,9). Justamente por esto ”Tenemos por dichosos a los que nos han dado ejemplo de paciencia”(Sant 5,11), pues ahí está la garantía de una eternidad gloriosa, ya que han seguido ”las huellas de Jesucristo que, padeciendo por nosotros, nos dejó un modelo que imitar”(1 Pe 2, 21).

El ideal, ante el sufrimiento, es no perder nunca la paciencia, pero si el sufrimiento es tan fuerte y duradero que se hace insufrible, ¿cómo lograrlo?. A Job se le tiene como modelo de paciencia. Pero es sólo en parte. Cuando la desventura y la muerte afectaba a sus ganados, a sus criados y a sus hijos, siempre respondía así: “El Señor me lo había dado, el Señor me lo ha quitado, sea bendito el nombre del Señor” (Job 1,21). Cuando él está afectado por una llaga maligna desde la planta de los pies a la coronilla de la cabeza, su mujer le dice: “maldice a Dios y muérete”. Y él respondió: “Si se acepta de Dios el bien, ¿no se ha de aceptar el mal?” (Job 2, 7-10), a pesar de que “su dolor era muy grande” (Job 2,13).

Pero enseguida surge el Job de la impaciencia. Maldice el día que nació: que ojalá se hubiera muerto en el seno de su madre y hubiera sido un abortivo sin vida. Termina sus lamentos con estas palabras: “no tengo calma, no tengo paz, no hallo descanso, sólo la turbación me invade” (Cap 3).

Y algo semejante pasa con Jeremías, elegido por Dios para la hermosa tarea de ser profeta de las gentes, intérprete de la voluntad de Dios. Su misión hizo de su vida una tragedia. La palabra del Señor, que predica, se ha convertido para él en oprobio y burlas todo el día. No quiere hablar más en el nombre del Señor. Todos, hasta sus amigos, le han abandonado, se mofan de él. Llega un momento en que se le

agota la paciencia y prorrumpe con estos improperios: “Maldito el día en que nací, el día en que mi madre me dio a luz no sea bendito... ¿Por qué no me hizo morir en el seno materno? Mi madre habría sido mí sepulcro y yo eterna preñez en sus entrañas. ¿Por qué salí del seno para no ver más que dolores y tormentos y consumir mis días afrentado?” (Jer 20,14-18).

Si hasta los elegidos del Señor pierden la paciencia en situaciones dolorosas, ¿qué puede tener de extraño que también la perdamos en esas similares ocasiones los simples mortales?. La mayoría, en un momento o en otro, perdemos la paciencia. Lo que importa es que esa impaciencia sea sólo puntual y en circunstancias muy excepcionales. El ideal es que la impaciencia no haga nunca acto de presencia, o, al menos, que no sea habitual. San Pablo dice a los colosenses que nada, por muy duro que sea debe hacerles perder “su paciencia y quitarles su alegría” (Col 1,11).

Lo que hay que conservar siempre es la paz interior, la paz del alma, el gran regalo de despedida que nos dejó Jesucristo: “La paz os dejo, mi paz os doy” (Jn 14,27), “la paz de Dios que sobrepasa toda inteligencia guardará nuestros corazones y nuestros pensamientos en Cristo Jesús” (Flp 4,7). Cristo mismo es nuestra paz (Ef 2,14). Viviendo en paz, “estando nuestra casa sosegada”, ponemos en sus manos nuestra vida entera y le pedimos que se cumpla en nosotros su voluntad. Lo hacemos con las palabras del Salmista: “Señor, te confío toda mi vida, me fío de ti, tú sabrás lo que haces” (Sal 37,5). Esto es lo que los maestros del espíritu llamaban “el santo abandono” en los brazos de Dios, nuestro Padre querido.

## VIII. SAN PABLO

San Pablo quería que fueran una realidad en su vida estas cuatro cosas: 1.- Conocer a Jesucristo, 2.- Compartir sus padecimientos, 3.- Experimentar el poder de su resurrección, 4.- Morir su misma muerte (Flp 3,10). Y Dios le concedió plenamente estos deseos.

1.- El conocimiento de Cristo y de su evangelio lo adquirió por revelación divina. Fue el mismo Jesucristo el que se lo dio a conocer directamente. "El mensaje predicado por mí no es ninguna invención humana. Ni lo recibí, ni lo aprendí de hombre alguno. Es Jesucristo quien me lo ha revelado" (Gal 1,11-12).

Esta fuente primordial de sus saberes evangélicos le llena de la sabiduría divina, con la que únicamente se puede hablar en profundidad de lo divino, inalcanzable por la sabiduría humana cuya fuente de conocimiento es la luz natural de la razón, con la que no se puede penetrar en el misterio insondable de lo sobrenatural (1Cor 2,6-16)

San Pablo es el primer teólogo cristiano pero no un teólogo de laboratorio, alejado de las realidades humanas. Su teología no es una teología sistemática y especulativa. Sus escritos son ocasionales. Su doctrina, construida con frecuencia sobre hechos y problemas reales, que se dan en las comunidades cristianas, contiene la riqueza del arco teológico que configura el cristianismo y que Pablo fundamenta en esta frase: Jesucristo, muerto en la cruz, resucitado y exaltado, es nuestro salvador y único mediador ante el Padre. El cristiano, por tanto, no necesita salvador o mediador alguno, fuera de Jesucristo. Este es el corazón de su doctrina, el punto de partida y la culminación de su predicación, el conocimiento de Cristo,

al que llega también por su profundización en la fe, por creer en Cristo, por fiarse plenamente en él (1 Tim 1,12). Lo primero es creer y luego conocer. Si no hubiera creído en Cristo, no lo hubiera conocido. Pablo creyó y dio a conocer el misterio de Dios, escondido desde la eternidad, de salvar al mundo a través de su Hijo, Jesucristo, nacido de mujer (Gal 4,4) y muerto en la cruz. Con su cuerpo entregado y su sangre derramada nos obtiene la redención y el perdón de los pecados (Ef 1,7), una salvación que se hace realidad en nosotros por la fe.

2.- Tras el fracaso en el Areópago de Atenas, a los que se dirigió con un discurso de altos vuelos, comprendió que la fuerza y el poder del evangelio no está en alardes literarios de elocuencia humana, sino en la cruz de Cristo vivida y predicada con fe viva y corazón ardiente. En adelante, sólo quiere saber y enseñar a Cristo crucificado (1 Cor 2,2); sólo pretende compartir los sufrimientos de Cristo que culminan en su propia cruz. Y, a fe, que los compartió en plenitud hasta poder decir a los gálatas: " Si de algo quiero presumir es de Cristo crucificado, y Dios me libre de aspirar a otra cosa. En la cruz de Cristo el mundo ha muerto para mí y yo para el mundo" (Gal 6,14).

Pablo compartió hasta límites insoportables los padecimientos de Cristo, al que encarnó en su propia vida: "Ahora vivo para Dios crucificado juntamente con Cristo. Ya no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí" (Gal 2,19-20)

No le faltaron sufrimientos físicos, fue víctima de una enfermedad crónica (malaria, oftalmia, erisipela...?) de aspecto desagradable e incluso a veces un tanto repugnante, que le servía de constante humillación, pues, a este respecto, dice a los gálatas estas palabras de agradecimiento: "Fue una enfermedad mía la ocasión de anunciaros por vez primera el mensaje de salvación. Y, aunque mi estado físico debió de ser

una dura prueba para vosotros, no me despreciasteis, ni sentisteis asco de mí, al contrario, me acogisteis como a un mensajero de Dios, como si fuera el mismo Cristo Jesús” (Gal 4,13-14).

Tres veces fue azotado con varas y una vez apedreado (2 Cor 11,25), cinco veces fue flagelado, recibiendo cada vez los 39 latigazos de rigor, lo que le dejó las consecuentes huellas que considera clavadas en su cuerpo como las cicatrices y los estigmas del Señor (Gal 6,17). Sufrió encarcelamiento, muchas veces estuvo al borde de la muerte, tres naufragios, un día y una noche flotando a la deriva en alta mar, hambre y sed, noches sin dormir, fríos insoportables sin ropa con que cubrirse, peligros innumerables al cruzar ríos, caer en manos de bandidos, calumnias y persecuciones por parte de los compatriotas y de gentes extrañas, en la ciudad y en despoblado, traiciones por falsos hermanos (2 Cor 11,21-27).

De todo esto podía presumir, pues todo le acontecía por su amor a Jesucristo, pero justamente es ese amor el que no se lo permite, tampoco se lo permite su enfermedad: “Para que no se me suban los humos a la cabeza, me ha clavado una espina en el cuerpo...tres veces he pedido al señor que me libre de esto y otras tantas me ha dicho: te basta mi gracia, pues mi fuerza se pone de manifiesto en lo que es débil” (2 Cor 12,7-8). Pablo, en efecto, era de naturaleza débil, pero, en todo momento, sacaba fuerzas de flaqueza confortado con el poder del Señor. Después de tantos sufrimientos y contrariedades, no es extraño que Pablo se sintiera como basura del mundo, el desecho de la humanidad (1 Cor 4,13).

A todo esto hay que añadir “la carga diaria que supone [para él] la preocupación por todas las iglesias, ¿pues quién desfallece que yo no desfallezca?” (2 Cor 11,28-29). El corazón de Pablo está siempre en tensión ante los problemas de

las comunidades cristianas, de sus infidelidades y sus sufrimientos. Sufre dolores de parto por los gálatas hasta que Cristo informe sus vidas (Gal 4,19). Comparte los problemas y los padecimientos de los corintios (1 Cor 13,7) y les anima a soportarlos. Y, si los asocian a los de Cristo, encontrarán el consuelo y la paz.

3.- Este consuelo fortalece la esperanza en la futura resurrección, que Pablo vive ya con intensidad. Experimentó la resurrección de Cristo en su encuentro con él en el camino de Damasco (He 9). Tuvo también la experiencia mística en su arrebató hasta el tercer cielo, el paraíso de Dios, donde entró en contacto con el poder divino y oyó palabras inefables que no pueden expresarse en el lenguaje humano.

Sólo desde la certeza de la resurrección, anticipadamente vivida y experimentada místicamente por la fuerza de la fe, Pablo podía decir que la resurrección de Cristo y la de los muertos están indisolublemente unidas. La una conlleva la otra. Si la cabeza, que es Cristo, ha resucitado, los miembros tienen también que resucitar, y si los miembros no resucitan, es porque la cabeza no ha resucitado. La resurrección de Cristo es la garantía, no sólo de nuestra resurrección, sino sobre todo la del evangelio salvador predicado y vivido por Cristo del que Pablo es un apóstol cualificado.

Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra fe, fútil nuestra esperanza, somos los más desgraciados del mundo. Pero Cristo ha resucitado, se apareció a Pedro, a Santiago, a todos los apóstoles y a más de cinco mil y, después se apareció también a él, en el camino de Dámaso, como a uno que nace antes de tiempo (1 Cor 15).

Pablo decía esto a los 25 años de que aconteciera, lo que significa que su testimonio es absolutamente fidedigno, como

el testimonio de unos testigos directos, que lo vieron con sus propios ojos y lo palparon y tocaron con sus propias manos (1 Jn 1,1).

La resurrección de Cristo fue vivida y experimentada por Pablo y los demás apóstoles de tal manera que transformó por completo su propia vida. Lo que antes era miedo, ahora es valentía, lo que eran dudas, certezas absolutas.

4.- Pablo sabe que "por la cruz se va a la luz" y que para resucitar hay que morir, morir con Cristo, pues "si morimos con Cristo, viviremos con él" (Rom 6,8).

Pablo quería estar tan identificado con Cristo, que anhelaba sufrir su misma muerte. Y, en gran parte, así fue.

Jesucristo era consciente de la inminencia de su muerte violenta (Mt 26,39). Pablo tuvo también clara conciencia de que estaba apunto de ser ejecutado (2 Tim 4,6). A Cristo le abandonaron sus discípulos. Sólo le acompañaron hasta el último suspiro, las dos Marías (la mujer de Cleofás y la Magdalena) y la que nunca falta, su madre, acompañada del discípulo amado (Jn 19.25-26). A Pablo también le abandonaron todos (2 Tim 4,14-16), el único que está a su lado es el fidelísimo Lucas (4,11). Jesucristo tiene plena confianza en su Padre y a él se encomienda en el último instante de su vida (Lc 23,40). Pablo confía en el Señor del que espera recibir la corona de salvación (2 Tim 4,8). Jesucristo fue ajusticiado fuera de la ciudad. También lo fue Pablo. Jesucristo fue crucificado, sufrió una agonía lenta y dolorosa. Los romanos aplicaban esta pena cruel sólo a los esclavos y a los extranjeros. Pablo, por su condición de ciudadano romano, fue decapitado. A un golpe de espada rodó por el suelo su cabeza. Los dos cumplieron perfectamente su misión: Jesucristo pudo decir en la cruz, "todo está cumplido" (Jn 19,30) y Pablo, a las puertas

de la muerte, “he combatido el buen combate, he concluido mi carrera, he guardado la fe” (2 Tim 4,7)

Consiguió en plenitud las cuatro cosas que soñaba para asemejarse a Cristo, por eso pudo decir a los corintios:” Sed imitadores míos como yo lo soy de Cristo” (1 Cor 11,1). Le imitó muy especialmente en sobrellevar el sufrimiento, con la certeza de que “los padecimientos del tiempo presente no pueden compararse con la gloria que un día se nos revelará” (Rom 8,18). Las dificultades, los trabajos y los sufrimientos de esta vida, siempre temporales y pasajeros, pueden ser considerados como una nada frente a una felicidad eterna.

## IX. INVOCACIÓN A LA VIRGEN

Santa María, nuestra Señora del dolor más grande, o nuestra Señora de la Espada. Pero no la espada en la mano para amenazar, sino clavada en el corazón para sufrir. La espada, que te pronosticó el anciano Simeón, cuando la presentación en el templo de tu divino hijo, en aquel segundo anuncio con tintes de amargura y de tragedia, tan distinto al primer anuncio, el del ángel, que preveía y te garantizaba un futuro glorioso, en el que tú serías la Reina-Madre del Hijo del Altísimo, heredero del trono de David, en un reinado eterno.

Poco duró en tu vida esa ilusión esperanzada. Ahora te dicen oficialmente en el templo que tu vida será un dolor sin término, o si quieres mejor, siete dolores prolongados y unidos. Porque el fervor del pueblo no ha visto una espada, ha visto siete espadas cruzadas atravesando tu corazón de madre. El número siete indica la perfección, la plenitud. En tu caso, la plenitud, el colmo del sacrificio y del sufrimiento, el dolor consumado. Así, desde el primer momento quedaste oficialmente implicada en el interminable calvario de tu hijo.

Ese niño tuyo, niño también nuestro, el niño de todos, nada más nacer, es perseguido a muerte; y hay que emprender la fuga, comenzar a recorrer ese camino doloroso que culminará en la cruz. Tú, desde el primer instante, preveías, tenías la certeza absoluta, de que tu hijo terminaría asesinado. Y como buena madre te asociaste al dolor y a la muerte de tu hijo, "varón de dolores", como le llamaron los profetas, traspasado por nuestras injusticias y crueldades. Con él sufriste, con él compartiste su pasión. Por eso te llamamos "mujer de dolores", La Dolorosa; porque has sido la mujer que más ha sufrido en el mundo, ya que, al lado de tu hijo, sufriste tus

dolores, los de tu hijo y los de todos los hombres y mujeres de todos los tiempos y de todos los espacios. La pasión cruenta de tu hijo tuvo la réplica exacta en tu incruenta pasión de madre. Por ser "La Dolorosa" y "la Misericordiosa Virgen de la Ternura" puedes comprender y aliviar los dolores de todos los mortales.

Tú aceptaste la espada, las siete espadas y las hundiste en tu corazón para que se fundieran en el horno ardiente de tu amor de madre, madre de todos los vivientes. Con el deseo de que en tu corazón se hundieran todas las espadas del mundo para transformarse en cruces, pues, en definitiva y según como se mire, la espada es también una cruz; que todas las espadas del mundo se hagan cruces, miles y miles de cruces clavadas por todos los caminos y las encrucijadas, cruces anunciadoras de que lo único que debemos hacer los seres humanos es amar a Dios, palo vertical, y amar a los hombres, palo horizontal de la cruz, la señal del cristiano.

Señora y Madre nuestra, intercede por nosotros para que sepamos, como tú, abrazarnos al misterio del dolor; para que aguantemos con paz y con amor el peso de nuestra cruz como signo del seguimiento incondicional de tu Hijo, camino de nuestro propio calvario; para que pongamos en la cruz la esperanza más firme, "la esperanza única" de la salvación; y para que nuestros sufrimientos estén indisolublemente unidos a los tuyos y a los de tu Hijo, con el fin de que sean transformados en alegrías eternas en el edén del cielo.

<i>Índice</i>	<i>Pág.</i>
I- LA VIDA.....	7
II- EL DOLOR.....	11
III- EL CRUCIFICADO.....	17
IV- LOS CRUCIFICADOS.....	23
V- LA ENFERMEDAD.....	29
VI- LA MUERTE .....	35
VII- ACTITUDES ANTE EL SUFRIMIENTO ...	41
VIII SAN PABLO .....	49
IX- INVOCACION A LA VIRGEN.....	55





